

SIMBOLISMOS DE LA TIERRA: MONTAÑA, ÁRBOL, PLANTAS¹

Al igual que en el caso del agua, seleccionamos algunos ejemplos históricos que ilustran distintas concepciones de lo que significa la tierra, la madera y el fuego, los modos en que los hombres se apropiaron y/o explotaron los suelos y las transformaciones que les impusieron en pos de modificar a la naturaleza.

Mía es la voz antigua de la tierra.

León Felipe

En Mesopotamia, como en muchas otras regiones de culturas antiguas, existía una creencia en la completa correspondencia entre todo lo existente en la Tierra y en el Cielo. Tanto los sumerios como los babilonios desarrollaron una geografía mística en función de estas leyes de correspondencia. Por ejemplo,

[...] el plano de la ciudad de Nínive fue trazado en la época arcaica de acuerdo con la escritura celeste; es decir, de acuerdo con los signos *gráficos* que las estrellas hacían sobre la bóveda del cielo. El [río] Tigris se encontraba en la estrella de Anunit; el Eúfrates, en la estrella de la Golondrina [...]. (Eliade, 1993).

En la tradición hindú, aún se conserva la idea de que el río Ganges, que nace en el monte sagrado Meru, se divide en cuatro ríos que riegan toda la Tierra. También en las culturas

semíticas se representaba al Paraíso como un mundo (tierra) rodeado de agua, ya sea un río o varios, ya una masa oceánica. Babilonia, para los sumerios, como Jerusalén para los judíos, eran ciudades sagradas y se situaban en el *ombligo* o centro del mundo, tanto en su versión *celestes* como terrena. En estas cosmogonías, los montes o montañas simbolizaban la puerta o el paso desde el mundo terreno al Paraíso. La Meca, ciudad santa del islamismo, se encuentra entre dos montañas. En la creencia de los antiguos egipcios, para llegar al mundo de los muertos había que emprender un ascenso a la montaña. Y en todas las tradiciones en las que se relata el Diluvio, sólo la cima de la montaña (donde también se sitúa el origen de la creación del mundo) es exonerada por las aguas. Al mismo tiempo, como símbolo arquetípico del origen y conexión con el Cielo, la tierra simboliza universalmente a la madre del hombre, que habría nacido de las entrañas de esta, en las que fue criado para luego alumbrarlo. Esta creencia se expresa también en nuestros días, en el hombre moderno, mediante el fuerte sentimiento de *pertenecer a su tierra*, la tierra natal (Eliade, 1985).

En los pueblos precolombinos americanos, existía también una visión del mundo y la naturaleza como

[...] imagen de Dios, una irrupción perenne de lo infinito en lo finito y en la obra de la creación una constante teofanía. El hombre arcaico no se siente solo ni aislado en la naturaleza ni pretende ser su propietario. Los animales, las plantas y hasta las piedras, así como los ríos, lagos y lluvias constituyen parte de su ser. Igualmente lo es el firmamento con sus variadas formas y las épocas y ciclos naturales de vida, muerte y resurrección

ejemplificados por las estaciones del tiempo y los movimientos de los astros, a saber: la vida misma como un ritual perenne y una interrelación o entrecruzamiento de energías constantes, horizontales y verticales, espaciales y temporales. Razón por la que el mundo entero es un código que puede entenderse y leerse tanto en las configuraciones del cielo como en los símbolos que son las plantas y los animales. Sin duda, el símbolo vegetal más claro es el del árbol, o la planta en general, como representación de las energías cósmicas. Copa, tronco y raíces constituyen sus niveles aéreo, terrestre y subterráneo, equiparables a cielo, tierra e inframundo. (González, 1989).

Así como la planta y el árbol simbolizaban la conexión entre cielo y tierra, la agricultura –que comprende los procesos de siembra, riego y cosecha– estaba ligada a la cíclica de vida-muerte y resurrección que encontramos en la mayoría de los mitos y rituales agrarios. Aún más que el tabaco, el maíz cumplió una función central en todas las culturas americanas.

En otros términos, podría hablarse de una conjunción de principios o elementos. El *agua* evidentemente se expresa por las lluvias al igual que el *aire* por el viento. El *fuego* presta su calor para que se genere la simiente en la matriz de la *tierra*. Igualmente en lo vinculado a los estados de la materia a partir del calor del fuego: sólido, líquido y gaseoso. Esta constante rotación y conjunción de opuestos se encuentra siempre presente en una concepción tradicional o arcaica. [...] En ese caso el alimento que se obtiene de la planta es también sagrado y por lo tanto un manjar nutritivo excelso, a tal punto que es fuente de vida para el hombre. Una planta mágica, o Árbol de Vida arquetípico que lo da todo continuamente

sin esperar nada, verdadero regalo de los dioses a los humanos, quienes extraen su existencia de este sustento divino. Se comulga con la divinidad cuando se come el maíz y la preparación de los distintos alimentos que con él se fabricaban antiguamente se efectuaba –y aún en algunas partes se efectúa de modo ritual al igual que las etapas de su siembra y recolección. (González, 1989).

El *kischkanû*, Arbol de la Vida en la cosmogonía babilónica, asociado al dios de las profundidades y las aguas subterráneas (Ea), era representado en lapislázuli y adornado con piedras preciosas, tradición que tuvo centralidad en todo el desarrollo de la ciencia alquímica de los siglos posteriores (Eliade, 1961). Curiosamente, encontramos esta simbología hasta bien entrada la Modernidad tanto en el arte como en la literatura y la imaginación popular, siendo uno de los más interesantes ejemplos de ello la obra de Gustav Klimt, “Árbol de la vida”, un friso de varios paneles creado por el artista entre 1905 y 1909 y adornado con oro y piedras preciosas. (Österreichisches Museum für Angewandte Kunst, Características: 195 x 102 cm.).

Sin embargo, el árbol babilónico encarnaba arquetipos diferentes a los de los árboles de la vida de la mitología griega o celta. Para los celtas, el árbol representaba no sólo la esencia de la vida sino que era un medio que permitía predecir el futuro, *ciencia* en la que eran expertos los sacerdotes o druidas. Los druidas poseían los conocimientos para la observación de los árboles, desde las raíces, hundidas en la tierra, hasta la copa más o menos frondosa, pues consideraban que la naturaleza era tan previsoras que a un tiempo de caída de las hojas le sigue otro de nieves,

las cuales propiciarán la aparición de los mejores brotes. Se habría llegado entonces a la época de fertilidad y del renacimiento de la vida más plétórica (Yáñez Solana, 1996). Este pueblo mantenía una relación vital con el árbol, que le había proporcionado desde sus orígenes el primer hogar, así como con la leña, que le había otorgado la protección de la sombra y el hogar para las aves que podían convertirse en alimento mediante la caza. Por otra parte, en el plano simbólico, el árbol representaba, en su verticalidad, la vida en completa evolución y en una ascensión permanente hacia el cielo (copa) y en conexión, al mismo tiempo, con las profundidades subterráneas. De esta manera

[...] el árbol permitía establecer una conexión entre los tres niveles del cosmos: el subterráneo, por sus raíces que no dejaban de hurgar en las profundidades que recorrían en la continua necesidad de encontrar agua; la de la superficie de la tierra, por medio de su tronco y sus ramas; y las alturas, a través de la copa y las ramas superiores, siempre reunidos la totalidad de los elementos: el agua que fluía en su interior, la tierra que se integraba en su cuerpo por las raíces, el aire que alimentaba las hojas y el fuego que surgía de su fricción. Los celtas conseguían el fuego frotando hábilmente unas ramas, entre las cuales habían introducido hierba seca o paja. (Yáñez Solana, 1996).

Muy bien expresa esta concepción el siguiente poema, llamado “El combate de los árboles” atribuido al bardo galés Taliesín, del siglo VI d. C, admirado, entre otros, por Jorge Luis Borges, en el que narra cómo Gwyddyon salvó la vida de un grupo de valientes bretones

al transformarlos en árboles, sin impedirles que bajo esta forma pudieran pelear contra sus enemigos.

Cuando surgió la vida mi creador me dio forma con la savia de los árboles y el sabroso jugo de los frutos.

Se sirvió de la malvarrosa de la colina, de las flores de los árboles

y los zarzales con las flores de la ortiga.

He sido marcado por Mat.

En mí hay huellas de Gywddyon, de los sabios hijos de Math y de lo eterno que hay en la Naturaleza.

Por último, podría resultar redundante recordar aquí cómo en la religión judeo-cristiana, la Caída del hombre, y la consiguiente pérdida del Paraíso, se produce a partir del pecado de soberbia, implícito en el acto de comer el fruto del árbol de la Sabiduría para asemejarse a Dios, tal como se narra en el Génesis. 

Nota

¹ Artículo elaborado por Cintia Rogovsky, Coordinadora general de Anales de la educación común.

Bibliografía

Eliade, Mircea, *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona, Labor, colección “punto omega”, 1985.

Eliade, Mircea, *Cosmología y alquimia babilónicas*. Barcelona, Paidós, 1993.

Eliade, Mircea, *Mitos, sueños y misterio*. Buenos Aires, Compañía General Fabril, 1961.

Felipe, León, “Hermano”, en *Español del Éxodo y del Llanto*, Colección León Felipe, Libro Primero. México, Finisterre Editores, 1974.

González, Federico, *Los Símbolos Precolombinos. Una contribución al estudio de la Tradición Precolombina México*, Excelsior, 1989.

Yañez Solana, Manuel, *Los celtas*. Madrid, M. E. Editores S. L., 1996.